

LA LUZ DEL PORVENIR.

Precios de Suscripcion.

Barcelona un trimestre adelantado una peseta, fuera de Barcelona un año id. 4 pesetas. Estranjero y Ultramar un año id. 8 pesetas.

REDACCION Y ADMINISTRACION

Plaza del Sol 5, bajos, y calle del Cañon 9, principal.

SE PUBLICA LOS JUEVES

Puntos de Suscripcion.

En Lérida, Mayor 81, 2.º En Madrid, Valverde 24, principal derecha. En Alicante, San Francisco, 28, imprenta

SUMARIO.—Vivir muriendo.—Asuncion Perez.—El boton de azabache.

¡ VIVIR MURIENDO !

I.

Nadie puede negar que en la tierra se vive muriendo, porque no hay placer que no esté cercado de punzantes espinas. Nada más risueño que el rostro de la joven desposada, nada más brillante que sus ojos, nada más dulce que su sonrisa, y la rosa más bella no tiene el delicado matiz de sus mejillas.

Trascurren algunos dias, y ¡qué mudanza se opera en aquel semblante! sus ojos se rodean de un círculo violáceo, sus mejillas palidecen, sus labios se descoloran, su sonrisa es dulce, pero al mismo tiempo melancólica, por que agudos dolores lastiman su cuerpo; está buena y está enferma, es dichosa y sufre, sonrie ante una idea, y tiembla ante un dolor desconocido; sueña con ser madre, pero se estramece recordando los sufrimientos que ha visto cuando vinieron á la tierra sus hermanos, y su pobre madre estuvo á punto de perecer. En la dicha más inmensa hay su parte de horrible padecimiento; la infancia tan decantada tiene sus horas de verdadera agonía: el maestro es el fantasma aterrador que persigue á la niñez; las horas de estudio, los exámenes, la vergüenza cuando le dicen al niño: queda V. reprobado, por indócil, desaplicado, torpe ó promovedor de escándalos.

La juventud, la edad de las ilusiones, tiene tambien sus horas muy amargas, tiene noches de espera que dejan triturado el corazon de las jóvenes, porque no hay agonía comparable con la que siente la mujer cuando presta atento oido para sentir las pisadas del sér amado, y éste no llega.... Y si consigue su deseo, si se une al elegido de su corazon, las leyes naturales la hacen sufrir, y el hombre adorado, aquel á quien esperaba anhelante, cuando se convierte en marido, por regla general es un huésped en su casa; y tanto afan, tantos desvelos ¿para qué le ha servido? para ver á su esposo á las horas de comer, y cuando le aqueja alguna enfermedad; así es que la vida en este planeta es una verdadera expiacion.

Siempre hemos creido que en este mundo no debian desarrollarse todos los accidentes de la vida humana, que habia de haber otras *tierras* donde la dicha tuviera raíces más profundas, donde no se llorára aun en medio de la felicidad.

II.

«Tienes razon (nos dice un espíritu) yo tambien como tú, siempre he creido que la tierra era una de las estaciones del Universo donde los viajeros del infinito se detenan breves segundos; la he conceptuado como una mala posada donde se dormia mal,



se comía peor, y se hacían siglos los días que por necesidad había que permanecer entre sus breñas.»

«En mi última existencia te conocí, solo una vez hablé contigo, pero siempre que te veía te miraba con lástima, diciendo: ¡Pobre mujer, qué penosa es tu peregrinación, tú no has vivido, aún no conoces la grandeza de tu alma, y cuando te despiertes, aún más insufrible te se hará la existencia! Tú no crees en nada, acudes á los templos católicos, pero en ellos, como en todas partes, te mueres de frío. Mi voz te entusiasma, sigues mis huellas y cuando subo á la cátedra del Espíritu Santo, siempre te veo escuchando con religiosa atención cuanto yo digo. Si siempre pudieras oírme vivirías mejor, pero como esto no es posible, cuando regresas á tu solitario hogar te encuentras tan sola... que tu cuerpo decae, tu alma desfallece, nada te une á la tierra y quisieras morir!...

«Todo esto y mucho más leía yo en tus ojos enfermos ¡Pobre Amalia! desgraciadamente no me engañé; cuando te ví en mi casa, cuando mi familia me dijo que hacías versos, te compadecí más aun, y mutuamente nos compadecíamos. También tus miradas se fijaban en mí diciéndome con ellas: ¡Cuánto sufres, tú eres inmensamente desgraciado!... No te equivocabas, Amalia, mi vida fué un martirio continuado; escúchame, voy á contarte mi azarosa historia.»

«Hijo de una honradísima familia, crecí amado, muy amado, pero rodeado de la más espantosa miseria, de esa miseria oculta que es la más horrible; mis padres, haciendo sacrificios inmensos, me dieron una esmerada educación, cifrando en mí todas sus esperanzas.

«La muerte de un pariente lejano me hizo heredero de una buena capellanía con la espesa condición de consagrarme al servicio de la iglesia militante, aquella cláusula cayó sobre mi cabeza como una maza formidable, porque mi inteligencia había comprendido todas las farsas religiosas, y me repugnaba jurar en vano: pero mi pobre madre era una santa, y mi buen padre un mártir de su deber, que había trabajado muchísimo sin quejarse nunca, que había sufrido innumerables privaciones por costear mis estudios, cuando yo le miraba encorvado más por el exceso del trabajo que por el peso de los años, y escuchaba á mi madre haciendo planes para el porvenir, cuando su adorado Antonio fuera cura párroco de tal ó cual iglesia, y veía á las hermanas de mi madre, buenísimas mujeres que no me habían escaseado su ternura, proporcionándome más de un goce á costa de su incesante trabajo, y contemplaba á una niña huérfana, hija de un hermano de mi padre, que fijaba en mí sus inocentes miradas, considerándome como su Providencia en la tierra, hice la resolución de sacrificarme por todos ellos, devolviéndoles con mi protección una parte de los amorosos cuidados que todos me habían prodigado afanosos, y con ardor fébril estudié teología y pronuncié mis votos decidido á servir de sostén á todos los míos.

«Al principio todo fué bien, mis padres y demás parientes me consideraban como á un ser sobrenatural, porque mi vida era verdaderamente ejemplar; me dediqué á la enseñanza y todos los padres me querían confiar sus hijos, porque mi método era excelente, y tuve la satisfacción, única en mi vida, de que mi padre muriera bendiciéndome, y sonriendo como sonríen los bienaventurados.

«Un año después de su muerte, me nombraron confesor de las monjas de... (omito el nombre porque aun existen algunas de ellas) y me puse en relación con una numerosa y distinguida comunidad; la abadesa me distinguió con su protección (que era valiosísima) por ser hija de una de las familias más nobles de España. Su amabilidad era estremada; y todo entonces me sonreía, cuando de improviso comenzó mi martirio.

«Una mañana me dijo la abadesa, que aquella tarde debía llegar al convento una joven religiosa, que cambiaba de monasterio por que su salud, muy quebrantada, la

obligaba á ello; que me la recomendaba para que fuese indulgente con ella, y no le impusiera grandes penitencias en caso de necesitarlo, hasta que hubiera recobrado su perdida salud, que era hija de un grande de España (que hacia mucho bien á las esposas del Señor) y su vida era muy útil á la comunidad.

«Aquella misma tarde llegó Sor Clara al convento, en tan mal estado, que tuvieron que acostarla en seguida, y acto continuo me llamaron para que recibiera su confesion. ¡Nunca me hubiesen llamado! Nunca hubiese ido!...

«Cuando entré en la celda me postré delante de un crucifijo, ante el cual ardian gran número de velas colocadas en candelabros de plata, y dos ramos de blancas azucenas esparcian su penetrante aroma, aroma que me embriagó, sintiendo hervir mi sangre, latiéndome el corazón violentamente.

«Me levanté como aturdido, y me acerqué al lecho donde se quejaba débilmente Sor Clara de la Cruz; al verla tuve que ahogar un grito de admiración, por que jamás habia visto una mujer tan hermosa, al dirigirle la palabra abrió sus grandes ojos y me miró fijamente como si quisiera reconocermé, é instantáneamente sus mejillas se tiñeron con el matiz de la rosa, sus labios pálidos se enrojecieron, quiso hablar y no pudo, pero cogió mis manos con ademán apasionado y las cubrió de besos y de lágrimas. Al contacto de aquellos labios de fuego, sentí correr por mis venas plomo derretido, y loco delirante, estreché su cabeza contra mi pecho, besando su frente con frenesí, haciendo esfuerzos sobrehumanos para serenarme, y no cometer el más terrible de los delitos en aquel lugar sagrado.

«¿Qué le pregunté?... ¿Qué me dijo? Le pregunté si habia amado, y me contestó que no; educada en un convento, sin haber salido nunca de la clausura; profesó para que su familia adquiriera una gran herencia; que hacia algun tiempo sentia un mal-estar inexplicable, que al ver un nido de inocentes pajarillos envidiaba aquella pareja enamorada y lloraba sin consuelo; que su anciano confesor le aseguraba que era víctima de las asechanzas del diablo, habiéndole impuestos muchos dias de ayuno, con lo cual solo habian conseguido aumentar sus tristezas y sus delirios; que cuando estaba en el coro miraba á la multitud que se apiñaba en el templo, siguiendo con ávida mirada á los jóvenes esposos que á veces recibian la bendición nupcial en la iglesia del convento: que en sus sueños veia apuestos donceles que murmuraban en su oído palabras para ella desconocidas, y en aquel estado su poderosa familia habia resuelto que cambiara de monasterio á ver si se conseguia su alivio; que al verme habia sentido una emoción dulcísima, quitándosele la opresión que torturaba su pecho, pareciéndole que entonces comenzaba á vivir.»

«Entre las muchas mujeres que me habian confiado sus secretos, ninguna me habia interesado, ninguna; todas me fueron indiferentes, pero la confesion de Clara me enloqueció; su candidéz era igual á su espléndida hermosura: creia buenamente que el diablo le tendia sus redes, diciéndome con la mayor ternura: Yo quiero ser buena, Padre Antonio, yo quiero servir á Dios, vos le apartareis de mí ¿no es verdad?... y al fijar en mí sus ojos, necesitaba toda mi fuerza de voluntad para enmudecer.»

«Si te contara con todos sus detalles las confesiones de Clara, tendrias que escribir centenares de páginas. Ella me amó desde el instante que me miró, pero su amor era casto, puro, divino; en cambio yo en cuanto la ví, la deseé; ella recobró su perdida salud, yo por el contrario me puse enfermo, muy enfermo; cuando estaba lejos de ella no podia vivir, y á su lado me horrorizaba de la infamia que iba á cometer. De noche pudimos vernos en el jardín, y allí, siempre temblando de espanto, esperando que nos sorprendieran, Clara fué mia, por que yo empleé todas las seducciones para enloquecerla. Ella me amaba castamente, pero yo desperté sus deseos y olvidó cuanto le rodeaba. Desde aquel momento nuestra vida fué un verdadero martirio, martirio que

aumentó cuando comprendió Clara que un sér se agitaba en sus entrañas ; entonces decidimos jugar el todo por el todo, y una noche de tempestad, cuando silbaba el rayo y las monjas corrian horrorizadas á refugiarse en el coro por que una centella habia sembrado el espanto en aquella pacífica mansion, arrebaté á Clara del convento, y locos, delirantes, ébrios de felicidad, fuimos á refugiarnos en la casa de la nodriza de Clara que habia sido la protectora de nuestros desgraciados amores. Allí permanecimos dos dias esperando la salida de un buque inglés para el norte de América, y cuando ya estábamos á bordo perfectamente disfrazados, y Clara radiante de felicidad me decia mirando al cielo:»

«¡Qué hermosa es la libertad! ¡cuántos años he perdido de vida! ¡cómo presentia yo los goces del amor! me querrás siempre ¿no es verdad? no olvides que por tí me he condenado:—No; (le decia yo,) el infierno no existe mas que dentro de los conventos que son la tumba de los vivos. ¡Condenarse por amar! no Clara mia; lo que hemos hecho es salir de la servidumbre para ser útiles á la humanidad. Tú sin mí, hubieras muerto sedienta de amor. Yo sin tí no hubiese comprendido que el amor es la vida; tranquilízate ¡Clara mia! la felicidad nos espera. Y cuando más embebidos estábamos en nuestro amoroso coloquio, sentí que unas manos de hierro se apoyaban en mis hombros, volví la cabeza y oí un grito desgarrador que habia lanzado Clara cayendo sin sentido en mis brazos al ver que estábamos rodeados de los sicarios de la iglesia, que se apoderaron de mi amada y de mí; con una rapidéz verdaderamente prodigiosa, nos hicieron saltar á tierra, poniéndonos antes una mordaza, y ví como á la adorada de mi alma la colocaron en un coche, me hicieron subir á otro y me condujeron al palacio arzobispal. A ella la volvieron al convento donde la infeliz vivió mártir algunos años; como era de poderosa familia no atentaron á su vida ni la encerraron en el impace, pero si estrangularon á nuestro hijo en su presencia y la obligaron á enterarlo; ¡ella misma tuvo que echarlo en la fosa!..... ¡pobre mujer! que expiacion tan horrible!»

«Yo, mientras tanto, estuve algun tiempo completamente loco, y cuando recobré la razon me concedieron la libertad y me enviaron á la ciudad donde tú me conocistes, adonde me siguió mi desgraciada familia, menos mi madre que murió de espanto creyendo firmemente que su adorado hijo habia caido en las garras del diablo.»

«Muchas veces pensé en el suicidio, pero las dos hermanas de mi madre, ancianas y achacosas me necesitaban, mi pobre sobrina aunque estaba [casada, su situacion era tristísima, por que su esposo, conspirador de oficio, siempre estaba preso ó desterrado, y siete niños le pedian pan; así es, que yo era su providencia, pues si bien mi posicion era humilde, ya veias que por mi elocuencia era buscado siempre que se queria celebrar con ostentacion una festividad religiosa, y ganaba más de lo necesario para atender á toda mi familia. Pero mi vida era horrible, la imagen de Clara vivia conmigo, la veia en mis sueños y escuchaba sus maldiciones, por que yo fuí la causa de su desventura, yo fuí el autor de su desgracia, porque ella era un ángel, completamente un ángel, era una vírgen casta y pura, con mirarme ya era feliz y yo le arrebaté los goces de su inocencia dejándola despues en poder de sus verdugos que la hicieron sufrir las más crueles humillaciones, hasta que al fin se arrojó á un estanque para huir de tanta iniquidad.»

«Todos estos horrores llegaban hasta mí en misteriosos anónimos, escritos por la abadesa que me amaba, y se vengó de los dos haciéndonos pagar nuestro desliz con todos los tormentos que pueden inventar los celos.»

«Yo, apesar de consagrarme al estudio, y de hacer todo lo posible por acallar los imperiosos deseos de mi naturaleza, habia noches que salia como un loco y me iba á un lupanar donde hacia vestir de monja á una de aquellas desventuradas, pero al

acercarse á mí, me enfurecía, le daba un empujón, le tiraba una moneda de oro y huía de aquel paraje maldiciendo todo lo creado, llamando á Clara con el vértigo de la desesperación, ¡qué noches tan horribles!... parecía inverosímil que yo pudiera vivir, por que llegué á quedarme que parecía un esqueleto, mis fuerzas se agotaron, y rodeado de mi pobre familia, de aquellas almas sencillas que me adoraban y me creían un santo, exhalé mi último suspiro creyendo que mi cuerpo y mi alma se disgregarian entrando á formar parte del gran Todo.»

«Cual no sería mi sorpresa y mi espanto, al ver mi cadáver, y verme á mí mismo lleno de vida, más no duró mucho tiempo mi asombro, mi padre me estrechó en sus brazos y me hizo comprender la eternidad de la vida y el progreso indefinido del espíritu.»

«Ví á Clara lánguida y triste perdonando generosamente mi extravío, somos dos espíritus enlazados por el amor y el crimen. En sucesivas existencias nuestros cuerpos se han unido cometiendo adulterio é incesto, y cuanto hemos hecho sufrir lo tenemos que pagar. Nuestra historia es horrible, abundan los crímenes en ella, pero en medio de todos los azares nos hemos amado, juntos hemos ido al patíbulo más de una vez, bien se puede decir que hemos vivido muriendo, pero en cuanto al sufrimiento moral en mi última existencia fué indescriptible. Los votos religiosos, la esclavitud del cuerpo y la del alma ¡cuán terrible es!...»

«Trabajad (los que creéis en el progreso) por la supresión de los votos religiosos, que atraen sobre la tierra grandes horrores; mientras existan en ese planeta religiones que obliguen al hombre á perder su libertad y su dignidad, tendreis espíritus de larga historia que bajen á ese mundo á cumplir su condena; y esto es lo que debeis evitar. No levanteis prisiones, no amuralleis presidios, no forméis semilleros de criminales, abrid en cambio amplias discusiones sobre la historia de la Creación, cread centros científicos, destruid, destruid templos oscuros y tenebrosos, quemad sus confesionarios, que en ellos dan comienzo lúgubres historias. Allí un hombre y una mujer se comunican sus pensamientos y el fuego devorante del deseo despierta sus pasiones y les hace olvidar su esclavitud; formad por el contrario numerosas familias sancionados sus juramentos por una ley justa: nada de misterios, de votos y de celibato infernal, que en el hogar tranquilo donde todo es luz, donde las leyes naturales atraen á los seres de distinto sexo, sin violencia, sin horrores, sin crímenes, no encuentran cabida los espíritus que han de vivir muriendo, que en medio de sus virtudes se han de sentir impulsados á caer en el abismo, esos espíritus acuden á las mansiones sombrías donde al juramento de amor ha de seguir la maldición y el espanto, el remordimiento y la desesperación más espantosa.»

«Trabajad incansablemente por que impere el racionalismo, huid del contacto de las comunidades religiosas, que son espíritus cuyo hálito mata, como mata la sombra del *manzanillo*, no les hagais mal por que son dignos de compasión, pero destruidles los nidos si quereis días de sol en vuestros países civilizados.»

«Abrid, abrid paso á los adelantos humanos, educad, instruid y así conseguireis que las comunidades religiosas se establezcan en otras latitudes de ese mundo donde la inteligencia del hombre en estado embrionario comienza á deletrear en un libro que para vosotros es hasta pernicioso su lectura.»

«¡Quién te diría, pobre Amalia, cuando me escuchabas atentamente en los templos de una ciudad levítica, que llegaría un día en que habría de contarte algunos episodios de mi historia! historia que adivinabas en mi frente hasta el punto de decirme una noche: ¡V. es inmensamente desgraciado!»

«Lo era mucho más de lo que tú pensabas; el último período de mi existencia fué verdaderamente horrible: vivía en el caos, para mí, Dios no existía; ¡cuánto, cuánto

sufrir ahora en comparacion soy dichoso, se lo que soy y trabajo en la gran obra del renacimiento universal.»

«Horrible es mi pasado, melancólico es mi presente, y de gran lucha mi porvenir, pero lucharé en campo abierto, los votos religiosos terminaron para mí.»

«Adios, Amilia; muchos amigos tienes en el espacio, innumerables. Tú al dejar la tierra no sentirás espanto, encontrarás una numerosa familia de espíritus agradecidos á tu condescendencia y á tu buena voluntad.—Adios.»

III.

Efectivamente, que cuando escuchábamos los sermones del Padre Antonio no pensábamos que con el transcurso de los años nos confesara desde el espacio sus debilidades y sus extravíos.

Digno de compasion es este espíritu, que para saldar cuentas atrasadas tuvo que vivir la mayor parte de su vida en el infierno, adquiriendo nuevas responsabilidades, víctima de los votos religiosos que convierten al hombre en una máquina.

Aun nos parece verlo con sus negros hábitos, su rostro pálido sus ojos hundidos, an hundidos, que hubiera parecido ciego si el brillo de sus pupilas no hubiese demostrado que en ellos reflejaba el fuego de su alma.

Cuántas veces al escucharle decíamos con profunda conviccion: Este hombre debe ser inmensamente desgraciado! y cuando llegamos á tratar á su familia nos convencimos que estábamos en lo cierto.

¡Cuántos seres en la tierra viven muriendo! ¡cuántas existencias entre punzantes abrojos.

Estamos muy conformes con los consejos del Padre Antonio, se necesita mucha luz para que las comunidades religiosas, á semejanza de las aves nocturnas, huyan de los rayos del sol del progreso, y formen sus nidos entre las razas que habitan el corazon del Africa.

Hora es ya, que espíritus más tranquilos, más pacíficos, más felices, más libres de terribles condenas, vengan á las naciones civilizadas á crearse familia sin grandes sufrimientos.

Necesitamos espíritus en vías de progreso, amantes de ejercer la caridad adorando y ansiando la luz de la ciencia astro que nunca llegará á su ocaso.

Harto tiempo hemos vivido muriendo los desgraciados habitantes de este planeta. Espiritistas! trabajemos para desecar el pantano de las supersticiones religiosas, y pongamos en él los cimientos de la fraternidad universal.

AMALIA DOMINGO Y SOLER.

ASUNCION PEREZ.

He aquí un nombre que ha pasado hasta ahora completamente desapercibido, y que sin embargo, merece ser conocido y apreciado; pues lo lleva una jóven de 18 años que á los 15 años se quedó ciega; y en vez de entregarse á la desesperacion lamentando la pérdida de uno de los sentidos más necesarios para vivir en la tierra; se ha dedicado al estudio del espiritismo, y en el Centro de la Paz (en Alcoy) siempre que hay veladas literarias toma parte en ellas, pronunciando discursos que hacen conmover al auditorio por el gran sentimiento que encierran sus palabras.

A continuacion insertamos el que pronunció el 16 de octubre último, y aunque la forma es incorrecta, lo que es el fondo merece ser estudiado.

Nosotros que desgraciadamente hemos estado amenazados más de una vez á perder la vista: comprendemos que se necesita una gran elevacion de espíritu para resignarse (sin murmurar) á vivir en esa noche horrible, en la cual parece que

siempre se camina al borde de un abismo. Reciba la jóven ciega la espresion más sincera de nuestra admiracion, y de nuestra simpatia; pues nos son muy simpáticos los espíritus fuertes y decididos, que luchan con la adversidad, y en medio de las zarzas más punzantes, hacen brotar flores de suave aroma. Leamos á continuación el discurso de Asuncion Perez.

«Hermanos y hermanas en creencias; de nada útil os pueden servir mis palabras, pero si os diré como yo entiendo el amor paternal.»

«Nos dice el Papa que es nuestro padre, y la Iglesia Católica apostólica romana nuestra madre, y yo digo que una sociedad espiritista bien organizada es nuestra madre, y el progreso nuestro padre; y no digo esto por que yo pertenezca á una buena sociedad racionalista espírita, sino por que analizando bajo mi raciocinio, voy á buscar la verdad, y para encontrarla haré una comparacion.»

«En estos instantes, (supongamos que no pertenezco á ninguna sociedad) pero como soy amante de la verdad, de la moral, de la ley y la razon, siendo huérfana, y no perteneciendo ni á la iglesia ni á ninguna sociedad, busco en mi horfandad buenos padres, y los que posean mayor número de virtudes me concretaré á ser hija suya. Si las posee la iglesia católica, desde ahora protesto de todas las sociedades libre pensadoras; y si las posee una buena sociedad espiritista, desde hoy protesto de la iglesia, para elegir un compañero se necesita buscar sus virtudes; y yo tambien tengo que buscar las virtudes de mis padres, para ser una buena hija. Antes os haré una pregunta; vosotros padres de familia que me escuchais, como quereis que sean vuestros hijos, sábios ó ignorantes? presiento que os alegrareis que sean sábios.»

«No es verdad que cuando os dice un compañero: ¡hombre, que niño tienes! que aunque cuenta poca edad parece un viejo por su inteligencia y buen proceder. ¿No sentís al oír estas palabras un goce inmenso?»

«¿No es verdad que cuando alguno de vuestros hijos en los exámenes obtiene un diploma ó cualquier otro premio, no sabeis á quien mostrárselo, y si os fuera posible lo colocarias en su trono para que la humanidad entera lo viese?»

«Pues bien, buscando á mis padres le pregunto al Santo Padre. Tú tambien premiarás á tus hijos y en grado superior debes hacerlo ya que llevas el nombre de Santísimo. Tú tambien te alegraras de ver á tus hijos inteligentes; cuando un hijo tuyo haya estudiado un libro científico, tú tambien le habrás premiado; vamos á registrar tu historia, á ver cuales han sido tus premios.»

«El premio tuyo para tus hijos ha sido el martírio, tú tambien les has puesto en un trono ¿cuál ha sido? ¡el cadalso!..... Un buen padre rie cuando sonrie un hijo, y llora cuando su hijo llora; y tú tambien habrias de sufrir cuando uno de tus hijos sufriere, y deberias llorar cuando llorará alguno de ellos. ¿Y cuál ha sido el sufrimiento, y cuántas las lágrimas que has vertido?..... Mas ¡ay! que ha sido inmensa tu alegría cuando has puesto á alguno de tus hijos en el martírio y te has llenado de gozo ante los autos de fé autorizados por tí!»

«Pues si te he de ser franca no me satisfacen tus *bondades*, ni tus *buenos deseos*, por que un buen padre no se complace en arrojar á sus hijos en una hoguera, ni en encerrarlos en un buey de bronce que luego ardía sufriendo el condenado un tormento inconcebible, y tú Santa madre iglesia, tambien te hiciste solidaria de todos los actos del Santo Padre.

«Ya hemos visto lo que hacen con sus hijos el Papa y la Iglesia, veamos lo que hace una sociedad bien organizada. Sociedad, ¿tambien has querido que tus hijos sean ignorantes? no; los has querido ilustrados, inclinándolos al estudio de todas las ciencias; por que has creido que la instruccion, es absolutamente necesaria lo mismo á la mujer que al hombre.»

«Ya ves Santísimo Padre que no puedo ser hija tuya, por que á mí me gusta la instruccion que tú tanto has perseguido, yo quiero la libertad y tú quieres la esclavitud, soy amante de la verdad, de la moral y de la justicia; y ésta no existe en tí; quiero la ley de la razon, y tu ley es la ambicion con todos sus horrores.»

«Nada mas os puedo decir por hoy, hermanos míos; dispensadme los errores

que he cometido durante mi narracion, que mi inteligencia es muy pequeña, y de un árbol pequeñito, no se puede esperar más que un escaso fruto.

¡Oh! sociedad espiritista!
Óyeme con atencion.
Hija tuya me declaro;
Préstame tu corazon.
Que al no aceptarme por hija
Grande seria mi afliccion,
Por que tú enjugas mis lágrimas,
Y me prestas tu calor.
Y con tus dulces palabras
Me haces sentir el amor.
Tú la luz has encendido
Que ahora irradiá en mi razon;

Pues tú el capuz has quitado
A la falsa religion
Que católica se llama
Llena de torpe ambicion.
En el jardin de mi vida
Por tí ha brotado una flor,
Soy huérfana de la Iglesia,
En el Papa encuentro error,
¡Sociedad! soy hija tuya
Con todo mi corazon.

ASUNCION PEREZ.

EL BOTON DE AZABACHE.

(Conclusion)

¡Cuánto se aprende al borde de un lecho mortuario de un sér en los albores de su vida, como el del infortunado Pedro!

Yo hubiera querido conducir á él, á esos sábios que oponiéndose á la instruccion de la mujer recurriendo unas veces al auxilio de la ciencia, otras al ridículo, otras hasta el estímulo de su coquetería, confiesan que la mujer instruida mejora mucho su condicion, es más juiciosa, es más precavida, pero pierde por completo su principal atractivo; este es la coquetería y la gracia.

¡Pobre humanidad! vives condenada al temor de encontrarte tus víctimas, ni más ni menos que el salteador de un camino que teme encontrarse á la justicia.

Te opones al engrandecimiento del ser que está llamado á influir mayormente en tu progreso...

No pidas al hijo que su madre fué brutal, indiferente y fria, que admire la naturaleza, que se conmueva ante el trino de los pajarillos, ni que se extasie al aspirar el perfume de las flores, y á través de esas nubes que deben ocultarnos infinidad de superiores moradas, que busquen á ese Sér Supremo que presienten aquellos cuyas almas están predispuestas al bien, por los tiernos cuidados de sus madres, ó de esa otra madre adoptiva, que se llama ciencia; y aquellos que no tienen la idea de un Dios todo equidad, todo justicia, no les pidas accion buena, ni sentimiento elevado.

Las almas atrofiadas por el egoismo y la ignorancia, no rinden culto jamás al sentimiento, y los seres sin sentimientos, son flores sin aroma.

¡Pobre humanidad, llora sí, porque estás sumida en el más grande atraso y porque teniendo en tí el germen de tu bienestar dentro del bien mismo, lo rechazas!....

El sér sensible y pensador, que tal vez sembró flores y solo pisó abrojos, llora también tus desdichas, que más las siente que las tuyas propias!

Cuatro palabras para concluir: El soberbio D. Ramon arrastra aún la cadena del presidiario que probablemente le acompañará hasta la tumba. Micaela encarcelada por otras causas á que dió márgen en sus declaraciones murió á pocos años presa de horribles pesadillas y de terribles ataques casi hidrofóbicos. En cuanto á Doña Valentina y Juanita muerto el Sr. Ramos, de tan terribles impresiones, pululan por el mundo haciendo una vida arrastrada y miserable!....

He aquí las consecuencias de una educacion viciada, y de la vanidad y la intemperancia, de las mujeres ignorantes que son causa de grandes tragedias.

INVISIBLE

Barcelona Julio de 1886.

GRACIA.—Imprenta de Cayetano Campins, Sta. Madrona, 10.